

La representación absoluta del existencialismo español, la detenta en Saint Germain, el guixolense Enrique Glasner

Los guixolenses de cierta edad recordarán probablemente a los Glasner, una de tantas familias alemanas que por ahí afincó la industria corchera y que luego desaparecieron.

Henry Glasner —tal como se le conoce aquí— es el hijo mayor de la familia y hace ya mucho tiempo que lleva su vida confiada a los más puros caprichos del azar. Como todo existencialista serio, Glasner lleva barba, americana raída, pantalones sucios, carece de domicilio y come de vez en cuando que siempre resulta ser las veces que lo invitan.

Me lo encontré, como se encuentra a todo el mundo en París, en el café. El café es el hogar del existencialista. Allí encuentra su comida diaria y al amigo que, por una o varias noches, le dejará donde dormir.

Una tarde en el café Mabillon, Glasner traicionó al existencialismo y por unas horas se sintió melancólico al hablarme de la casa que poseía en San Feliu de Guixols, la casa blanca y soleada en que nació.

—Si mi padre no hubiera fallecido, quizás estaría aún fabricando tapones —me dijo en un catalán indeciso y con acento lleno de dulzura, esa misma dulzura que se presta a las cosas que están prontas a desaparecer. Pero —¿es que antes de existencialista hubieras preferido fabricar tapones? le interrogué.

El sonrió, mirando la taza de café, primero con ternura; luego, a medida que eliminaba recuerdos, su risa devengó burlesca, sarcástica, y por fin cruel:

—¿Qué hubiera preferido? —repetió— ¡Como si la vida fuese un juego de preferencias! La única realidad es el ser, pero no en el sentido literal español, sino en el sentido doble del être francés. Es decir, para mí el ser y el estar es una misma cosa, indivisible. Si soy esto y si estoy aquí, no puedo ser ni estar en otro sitio.

—Y el libre albedrío —insinuó.

—No me hables de él —cortó Glasner en seco—. Es un concepto que ha sido introducido en la filosofía por los burgueses. Les conviene decir a la gente que es libre, para que los pobres piensen que pueden hacerse ricos a base de voluntad y perseverancia, sobretodo perseverancia, —rió Glasner—. ¿No sabes lo que dice Sartre? —prosiguió—. «Cuando todo está determinado, la voluntad actúa». ¿A qué accionar, pues? Es como si nos halláramos en una cárcel con entera libertad para movernos en el interior de la celda. Yo prefiero aguardar el destino, sentado.

Aquella noche Glasner durmió en mi casa y contempló con la ilusión de un niño las fotografías de San Feliu y S'Agaró que le ofrecí. Entonces —¿dónde está



Sartre?— sus ideas existencialistas cambiaron y me habló de cierta cantidad de dinero que poseía en Alemania, con la cual pensaba en la posibilidad de adquirir una finca junto al mar y pasar en ella el resto de sus días.

—¿Qué tal el señor Wirsing y el señor Bonet y la familia Batet? Que si fulano estaba vivo, que si sutano se había casado, que si mengano tenía hijos—. De muchos, casi diría de todos me habló, hasta que me pareció descubrir en su semblante una cierta fatiga, unos deseos de reposo.

Unos días más tarde lo volví a encontrar con un cincuenta por ciento de su selvática barba afeitada. Le pregunté los motivos y me contó esta historia con moraleja:

Sobre el puente «des Arts» estaba Glasner mirando el paso por el Sena del yate de los turistas, cuando un vagabundo se le acercó y preguntó:

—¿Qué miras?
—Pues el yate —respondió Glasner.

—Amigo mio —lamentóse el pobre— ni tu ni yo podremos montar nunca en él. Cuesta 400 francos.

—Quizá un día yo pueda —polemizó Glasner.—

—Si; esperarás a que te caiga el dinero del cielo.

—¿Por qué no puede caer...?

—¡Te burlas de mí! ¿O es que

estás loco? —repuso el mendigo—. ¡Cabeza de sótano! —gritó finalmente, que es un expresivo insulto francés.

Glasner se marchó antes que el vagabundo le pegara y aquel día decidió afeitarse la mitad de la barba, dejándola reducida a una expresión más cinematográfica a fin de que en lo sucesivo no volviera a confundirle con un mendigo profesional.

Eso me hizo concebir la esperanza de que Glasner, poco a poco, volvería a la vida burguesa, pero al pasar ante la boca del Metro a la hora de la salida de los obreros de las fábricas, el amigo Glasner se quedó parado, contemplando a aquella multitud que salía apretujada:

—¡Ah, la humanidad que trabaja! —filosofó—.

Y miró hacia mí, como aguardando una respuesta. Pero la respuesta no llegó, porque era perder el tiempo.

En cambio, Enrique Glasner, no lo ha perdido totalmente en París. Aparte de ser hombre muy original, está considerado como pianista de gran sensibilidad, especialmente en los cafés musette, donde toca el piano... a cambio de la cena.

He tenido ocasión de conocer a una gran parte de los existencialistas de Saint Germain de Prés y puedo decir, sin temor a equivocarme, que uno de los existencialistas más auténticos que tiene París, ha nacido en San Feliu de Guixols y ostenta la representación absoluta del existencialismo español.

BARON de ARGENSOLA



En peligro de muerte

La noticia, como recordarán nuestros lectores, apareció llana y escueta en estas páginas en una de las crónicas remitidas por nuestro corresponsal en Santa Cristina de Aro.

Al dictado de la misma, nos enteramos con hondo pesar que el llamado «Suro Gros», ejemplar típico de la comarca, aparte de ser el alcornoque mayor del mundo, ha contraído una terrible enfermedad que, según se dice en Romanía de la Selva, es incurable.

Cuando nos hallábamos ya dispuestos a mover nuestra pluma para interceder cerca de quienes el asunto competa, el que con toda diligencia algo se intentara, recibimos una carta de nuestro buen amigo señor Klaebisch, invitándonos a comenzar una campaña en pro del «Suro Gros», ya que, como muy acertadamente nos

dice, sería imperdonable que se llegara a abatir dicho gigante, sin haber previamente intentado lo imposible para salvarlo.

El señor Klaebisch nos acompañó a su escrito una copia de la carta que también dirige al Sr. Alcalde de Santa Cristina de Aro, ofreciéndole sus buenas amistades en Madrid, para lograr la pronta y eficaz concurrencia de unos expertos que dictaminaran sobre cuanto, a buen seguro, todavía puede hacerse.

Felicitemos al señor Klaebisch por su gesto tan espontáneo, altruista, como ejemplar, esperando que cada cual desde su puesto, como nosotros desde estas páginas, pondremos a contribución lo mucho que entre todos podemos.

D.



NUESTROS LIBROS

ALFONSO X

¡Gran figura la del Rey Sabio, digna de ser estudiada a fondo!

El Sr. J. Llampayas, autor del libro que nos ocupa, ha enriquecido la modestia de la edición, (Biblioteca Nueva-Madrid-1947), sin estampas ni grabados, al comienzo de cada capítulo, con una orla o con una miniatura sin paleta ni pincel; pero con colores propios, con sobresalientes relieves, logrados gracias al arte de su pluma.

Al autor de esta Biografía cabe el acierto de presentar la envuelta en el climax de la Edad Media, preciosamente logrado en su Prefacio y, con erudita corrección, a lo largo de todo el libro.

El espíritu de la Edad Media es su verdadero protagonista; campea en cada página de la obra, como imbuyó en cada pensamiento de Alfonso X, quién ni en su magna obra «Las Partidas» pudo, pese a su aguda y fecunda inteligencia, darle el valor de un código universal y perdurable, sino el único, perfecto y acabado del Medioevo.

Edad contemplativa, no investigadora, no supo comprender la auténtica proeza de su más selecto espíritu: el trascender el estatismo de las viejas leyes romanas, el descubrir en las leyes la evolución histórica y, con ello, la génesis del Derecho.

El país recusó «Las Partidas», tan cuidadosamente elaboradas, y Alfonso X —enemigo de rigores— retiró el proyecto con dolor, pero integró su fé en la obra.

En su hora, no le fué dado acertar en nada, ni en sus más indiscutibles aciertos.

Alfonso X ha sido sabio, más allá de su época con los lastres de su época.

Va escrito en el prefacio:

«La persona, la formación, la vida íntima de Alfonso X no son de las que se entregan. Hay que forzarlas. Hay que descubrirlas en un medio hostil, entre un cúmulo de infortunios.

Al REY se le ve claro, al SABIO entre dos luces y al HOMBRE apenas».

El Sr. Llampayas, con su depurado estilo, ha compuesto una magnífica biografía del SABIO.

Desde la infancia nos muestra a Alfonso enmarcado por su cuarto de trabajo, pluma en mano, aguzado el pensamiento en pos de las «Siete Artes», en pos de un Fuero de Justicia en obsesión tenaz; circunstancia que nos hace pensar en una posible equivocación de su horóscopo.

¿Discis y Sagitario...?

¿Por qué no Libra, si fué el Rey Sabio un obseso de la Justicia?

Ha conseguido el autor, con singular maestría, perfilar la faceta intelectual de Alfonso; y con tal precisión, que ha salvado así, sin lugar a dudas, su sobrenombre de Sabio, tantas veces discutido. Y al pintar con tanta justeza la introversión de su personaje, sus eternas abstracciones, ha conseguido para éste la plena absolución de sus errores de Rey.

¡Humanísima labor y, a nuestro entender, meritorio acierto!

La figura del SABIO queda proyectada, en la obra, a toda luz, magnífica.

Y a la par y a su rescoldo, la insignificancia del Rey. SABIO siempre; en su laboratorio, en su gabinete, arrellanado en rico sitial, sabio en sus ocios, sabio en el reposo de sus Cántigas, sabio en sus traducciones, en sus obras, en su abstracción, en su absolutismo interior.

Jurista, historiador, literato, pre-científico.... Tan sabio, que no pudo ser más que un rey mediocre, uno de tantos; casi un mal rey.

Al lado de los consignados aciertos, añoramos en la Biografía al HOMBRE.

A éste se le entrevé confuso, impreciso, en alguna que otra escena de su vida.

Y los hechos son siempre insuficientes —puro teatro de actitudes— para definir un carácter.

«Hombre de mucho espíritu y poca carne», ¿cómo no tentó más al biógrafo?

¿Cómo, a falta de datos, no intentó el Sr. Llampayas acertar con la imaginación en el sentir de una vida?

L. d'Andraitx



UNA DE CABALLOS

Desearía que, si no fuera molestarle, —dice una carta que recibimos sin firma— publicara estas cuatro líneas en bien de la ciudad.

Como para el bien público laboramos, además de ser justificadísima la queja de

nuestro comunicante, no podemos estarnos de reproducir algunas de las líneas que siguen a tan atento preámbulo:

«Son muchas las cosas raras que se ven en nuestra ciudad. Y una de ellas, de verdadero interés público, el que todavía está permitido herrar los caballos en plena calle».

Lleva usted mucha razón, amigo, igual a la que nosotros llevamos al decirle que, otra vez, firme su carta.